

José María Barrio Maestre, *El desafío de la formación intelectual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad Austral, 2020, 62 pp.

El desafío de la formación intelectual es una publicación muy oportuna para reflexionar sobre el quehacer educativo actual, con especial interés en la formación técnica e instrumental de los estudiantes. Una educación orientada a las «evidencias» -productos- como persigue la tan publicitada corriente de «enfoque por competencias», como si en la tarea educativa, la única cosa más importante fuese proveer destrezas a los estudiantes para que sean «competitivos» en la mercadotecnia. Quizá, una de las causas de este debilitamiento en la formación académica -como advierte el autor en la introducción de su texto- reside en el sobrentendido de que *entender* no es más que «construir» conocimiento. De ahí que, el filósofo -desde el principio- deja claro la importancia de entender qué significa entender, aprender, conocer o abstraer en el proceso cognoscitivo del estudiante. Para los docentes, la aplicación de los protocolos metodológicos es necesaria, pero solo después de aclararse suficientemente sobre qué significa realmente entender. Frente esta realidad, el filósofo español confronta críticamente los planteamientos del constructivismo pedagógico y el representacionismo, a partir de la gnosología aristotélica.

José María Barrio Maestre es doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, donde actualmente es profesor titular en la Facultad de Educación. Imparte cursos relacionados con la antropología pedagógica, ética de la educación, teoría metafísica del conocimiento y la teoría de la cultura. Además, es docente invitado en varias universidades hispanoamericanas de Colombia, Chile, Argentina y Perú. Tiene en su haber numerosas publicaciones y entre sus libros destacan *Metafísica para gente corriente*, *La gran dictadura*, *Anatomía del relativismo*, *El balcón de Sócrates*, *Una propuesta frente al nihilismo*, *Elementos de la Antropología Pedagógica*, *Introducción a una teoría de la cultura*, *El Dios de los filósofos*, *Curso básico de filosofía*, etc. El libro se publicó en el 2020 bajo el sello editorial Teseo, de la Universidad Austral de Argentina. En él, el autor se ocupa ampliamente del significado de entender -en los puntos 2, 3 y 4 -, el conocimiento de las representaciones de la realidad -punto 5-, y sobre la actividad de enseñar -en el punto 6-. El punto 1 corresponde a la introducción, precedida de una presentación sucinta del mismo autor.

En el primer apartado -titulado «conocer no es construir»-, el pensador inicia explicando la primera operación lógica de la mente: el concepto o la simple aprehensión, como denominaron los escolásticos medievales. Con esta operación más básica el sujeto tiene de manera inmediata e inmaterial-

mente la realidad conocida, en el acto de concebir se da la presencia de la cosa sin que haya fases intermedias. De tal modo que la operación misma entraña su fin (*práxis*), como oír es haber oído, lo mismo entender es haber entendido. Así, se justifica que «enseñar es *presentar* la realidad» (p. 13) y no construirla. «Entender –en definitiva– es la acción vital más intensa que puede realizar un ser vivo dotado de energía espiritual» (p. 14). Las otras operaciones más complejas –el juicio, el razonamiento y el lenguaje– sí que son «constructos» (*poíesis*) en el sentido de que la mente «produce» a partir de la primera operación. El juicio es la unión de conceptos, el razonamiento es la complejión de juicios y el lenguaje es la expresión del pensar.

Lo anterior –para el maestro español– es difícil de explicar desde el enfoque constructivista del aprendizaje, pues desatiende la cuestión fundamental, que es el aprendizaje intelectual. Explica, además, que entender en su consideración prototípica es abstraer la índole de las cosas, de tal modo que permita penetrar en la profundidad de la realidad y no alejarse de ella o quedarse atrapado en las imágenes. El entendimiento conceptual hace posible distanciarse de la mera facticidad, profundizar la realidad, iluminar proyectos e imaginar un mundo mejor.

El segundo apartado se titula «Entender es leer dentro, profundizar». En este se ocupa de la definición, previa referencia a Sócrates, quien asumió la Filosofía como un modo de vida lúcida, que conlleva saber el *quid* del asunto y, en consecuencia, conocer la esencia de aquello sobre el cual versa la discusión. Se define las *índoles* –la forma auténtica o la verdadera realidad de las cosas– a las que la primera lucidez intelectual apunta, pues incluso el término intelecto etimológicamente significa «leer dentro», conocer lo íntimo de las cosas más allá de los datos sensoriales que proporcionan los sentidos. Con las *índoles* el maestro se refiere a la participación metafísica, la misma que Platón y Aristóteles habían explicado de modo distinto: para el primero las *índoles* de las cosas se encuentran en el mundo ideal y para el segundo están en este mundo. Lo fundamental, en cualquier caso, es *profundizar* o acercarse a los fundamentos últimos de las cosas, sea por vía de la inducción o deducción o por otras vías.

En el siguiente apartado –«Entender es alumbrar y recordar»– trata la conexión y la discontinuidad entre la imagen y el concepto. Para ello destaca la función activa y pasiva del intelecto. La función activa –siguiendo a Aristóteles– se comporta como la luz que alumbrar la imagen, mientras que lo iluminado por aquella luz queda impreso en el intelecto paciente, este es potencial respecto de lo que conoce. Así pues, lo que queda en el entendimiento pasivo incrementa el bagaje cognoscitivo, toda vez que entender consiste en alumbrar intelectualmente la índole de las cosas y de ellas tener la *memoria*. En la postura del autor, la memoria y la inteligencia no se contraponen, al contrario, «recordamos lo que hemos entendido» (p. 30).

En el cuarto apartado –titulado «conocemos representaciones, sí, pero también lo que ellas representan»– explica tres modos de «ver» del entendimiento: *representar*, *intuir* y *concebir*. De estos, representar e intuir consisten en ver a través de algo y en algo de manera mediata e indirecta, y concebir es ver inmediata y directamente algo. Este planteamiento le sirve para confrontar el representacionismo –y sus diversas variantes– cuya tesis afirma que el hombre únicamente conoce representaciones, ya sean sensibles, como es el caso de la postura de John Locke, o inteligibles, como es la perspectiva de Immanuel Kant. Para el autor, por el contrario, el ser humano conoce la realidad en sí y las representaciones de ella.

En el quinto y último apartado –«Enseñar es presentar la realidad, no solo las representaciones de ella»– denuncia el autoencerramiento solipsista al que conduce el representacionismo y las consecuencias de este en cuanto aleja al hombre de la realidad. En su lugar, reivindica la necesidad de mantener el ducto que conecte al hombre directamente con la realidad, esto es, librarse del solipsismo con la visión –sensible– y el concepto –inteligible–, que son formas de presencia inmediata de la realidad en el sujeto. Finalmente, conviene agregar que la lectura del libro es indispensable para el magisterio cuya labor asienta sus bases en el conocimiento de la realidad y en el reconocimiento de la verdad de las cosas.

Andrés Gonzales Morales